1830 — N° 22

UNA CARTA DE COQUIMBO.

Se ha hablado con tanta variedad sobre la revolucion acaecida en Coquimbo defendiendo unos á sus autores, y otros acriminandolos como unos bárbaros, que hemos creido útil la publicacion de la siguiente carta. Ella servirá para dar idéa distinta, y clara de los principales acontecimientos de aquella Provincia, y al mismo tiempo será un documento para la historia de la revolucion en que actualmente se halla la República.

Coquimbo Febrero 9 *de* 1830.---Mi amigo y compañero: por el correo que salió á fines del pasado, mandé las cuentas que en su ultima me pidió: ahora que se me presenta una oportunidad segura de hacer llegar esta á sus manos, ahora que se respira un aire libre y puede uno contar con su vida y su fortuna, le voy á hacer una concisa narracion de los sucesos de que he sido testigo bien á pesar mio; pues V. sabe cuanto aborrezco estas conmociones á que no han podido acostumbrarme ni mis largos viajes, ni los espantosos sucesos (que en otra ocasion he contado á V.) y los que parecen perseguirme aun en los paises que creia mas pacíficos.

No hay duda mi amigo, que aquellos pueblos mas inocentes y ocupados tan solo de su industria, comodidades y placeres, vienen al fin á tener unos sacudimientos parecidos á los de un volcan, que comprimido por mucho tiempo, revienta al fin vomitando labas y turbillones de cenizas que incendian y esterilizan sus vecindades. Se iba sin duda reuniendo en Coquimbo desde el principio de las revoluciones de America un foco de infames pasiones que no habian podido abortar por la índole pacífica de sus habitantes, y mas que todo por la union de sus principales vecinos, interesados siempre en la conservacion del orden y celosos del bien jeneral: pero el movimiento del jeneral Prieto, sus cartas multiplicadas á muchos de estos Nerones que hemos visto levantarse, y su fatal politica de insurreccionar á hombres sin opinion y sin virtudes, arruinaron de un golpe á la Provincia que se presentaba á las demás como el modelo que debian imitar. Vamos á la historia, y sin duda alguna ninguno mas imparcial que yo.

Algunos génios díscolos (que aquí no dejan de abundar) dieron principio á la revolucion de la provincia; pero prevenidos á tiempo por algunas determinaciones del Intendente no lograron verificar sus planes. La separacion de algunos oficiales con pretestos honrosos, y la huida de un jóven atolondrado que despues de haber quebrado en ocho meses de jiro en setenta mil pesos, buscaba otro camino para engrandecerse del mismo modo, calmó aun las mas lijeras sospechas sobre revoluciones. Pero reanimados de nuevo por las sujestiones del jeneral Prieto, y por la llegada oculta de Uriarte con algunos compañeros con instrucciones y con lisonjeras promesas á los militares de la brigada de artillería, dieron el grito de insurreccion poniendo á su cabeza á un D. Francisco Peña, hombre obscuro y desco-

nocido en el mismo pueblo que vivia por sus muchos vicios y su baja educacion. El dia 15 de Diciembre un toque de campanas y tambores que alarmaron todo el pueblo, fué la señal del movimiento; y un bando con una cuantiosa multa al que no asistiera á la plaza, fué el primer paso opresor que indicaba el camino que iban á seguir estos monstruos de ignorancia y depravacion. Reunida de este modo una gran parte del pueblo nadie se atrevió á desplegar el labio para contener esta insolencia, porque Peña y sus secuaces estaban en la Portada tres cuadras distantes de la plaza prontos á deshacer cualquiera oposicion. Una sola voz se oyó que indicó por Gefe al que tenia la fuerza y un silencio espantoso fue el consentimiento con que se ordenó al escribano levantar una acta tal, cual V. la habrá visto en esa. Apenas se principió la redaccion de tan sucio documento, que todos quisieron salvar con la fuga un tan vergonzoso paso y de una numerosisima concurrencia apenas pudieron reunir los 35 que firmaron, y estos haciendolos volver por la fuerza desde una larga distancia. D. S. y N. me dijeron que era tal el terror que los sobrecogia, que habrian firmado sin trepidar su propia muerte. ¡Miserables pueblos á quienes la inexperiencia y bondad entregan como corderos á las garras de hambrientos lobos!

Sea como fuere. Peña fué Intendente, Emperador, Rey, tirano, ó lo que V. quiera; pues jamas se ha visto autoridad igual á la suya. Sus primeros pasos fueron imponer contribuciones, y desembarazarse de toda oficina que pudiera oponerse á sus dilapidaciones, ó estar en conocimiento de lo que en su club pasaba. En pocos dias no hubo Aduana, Tesorería ni nada que se le pareciera; repartiendose muchas veces sin contar la plata, y nunca con un solo apunte. Los principios é ideas de este héroe eran iguales á sus vicios y educacion. Comunmente se le oía decir—*para que á mi me entiendan, trabajo les ha de costar; porque yo digo que sí, y mando que no. El jénio y el hombre mas grande de America es Quiroga.* Estas y otras sandeces indicaban hasta donde se extendia el talento del insigne Peña. Su vida ha sido un tejido de infames vicios que ruboriza el escribirlos: la embriaguez era su pasion dominante, y bastaria ver su corte compuesta de un oficial Martinez, retrato vivo del Dios Baco, un mulato Salamanca, un advenedizo Barrena, sirviente de profesion, y una infinidad del mismo jaéz, para formar una exâcta idea de los que revolucionaron la Provincia y la han dominado mes y medio.

Ningun suceso de importancia se presentó en los primeros cinco dias del nuevo Gobierno, hasta la llegada del Aquiles que ancló á las 10 de la noche creyendo aun tranquila la Provincia. El ministro de la Guerra D. José Antonio Cotapoz y D. Ignacio Vicuña á esa misma hora se encaminaron á tierra en un bote, y recelando algo, ó por saber el estado y situacion de Coquimbo, se dirijieron á una fragata Inglesa, donde fueron rodeados por dos ó tres botes que les aseguraron estaba todo tranquilo, y que gobernaba D. Joaquin Vicuña. Bajo esta confianza fueron á tierra donde se les recibió con pistolas, picas y espadas que se las ponian en los pechos gritandoles que se entregasen prisioneros, como si dos hombres pudieran hacer resistencia á 200 que los rodeaban. Fue tal la sorpresa, que estos dos señores se creyeron en manos de Quiroga de quien se decia haria una irrupcion en Coquimbo. El Contra-almirante Wooster quiso deshacer aquella soldadesca sin órden y sin disci-

plina: un cañonazo habria bastado; pero el Presidente prefirió el hacer un convenio ó transacion mandando al efecto al Sr. Ramos, quien hizo un tratado cuya base preliminar era la libertad absoluta de todos los que venian en su acompañamiento, pudiendo permanecer en la Provincia con el carácter que quisieren sin tener intervencion alguna en sus asuntos políticos. Despues de ratificado por Peña, el Sr. Ramos avisó al Presidente el exito de su comision, diciendole que podia desembarcarse, lo que verificó bajo la mejor buena fé. El recibimiento que le hizo aquella canalla fué mui insolente, poniendole fusiles, espadas y lanzas al pecho, igualmente que al Sr. Prado. Sin duda alguna estos pormenores los sabrán ya con la llegada á esa de todos esos SS.; pero me propuse escribir á V. todo y no debo omitir esto.

Este fué el modo con que los revolucionarios recibieron al Gobierno nacional, poniendolos en seguida presos, mandandolos á la capital al siguiente dia en la misma calidad con centinelas de vista, espiando sus mas inocentes pasos, y aun sus necesidades mas precisas, obligandolos á permanecer mudos, pues nunca les faltaba un espion de testigo, y al fin considerando prisioneros de guerra á unos hombres que cuando no viniesen con el carácter que legitimamente revestian, al ménos debian concederles una hospitalaria acojida mui debida á sus importantes servicios, y al heróico patriotismo que los distinguia. Pero estos Cosacos ignoren aun los mas rudos principios de educacion. No obstante el Sr. Vicuña fué visitado por todo el pueblo lo mismo que sus compañeros, y recibió los sentimientos de todos por las desgracias que le habian acompañado en su tempestuosa administracion.

La opresion, la tiranía é insolencias que á cada minuto eran mayores, hacian insoportable una existencia rodeada de azares, no teniendo el ciudadano entre estos bárbaros una sola garantía que asegurase, no digo su fortuna ni aun la vida que es el mayor bien. Esta horrorosa situacion llegó á enardecer los ánimos pusilanimes de estos ciudadanos, y ayudados de los Mayores Salcedo, Jimenez y Capitan Martinez levantaron las milicias de Elqui hasta el número de 600 hombres, para ver si podian de sorpresa tomarse el campamento de la artillería, y derrocar la espantosa tiranía que absorvia la fortuna y destruía cuanto estaba bajo su influencia y poder. El Coronel D. Ramon Varela se puso á la cabeza del movimiento, combinado perfectamente para una sorpresa; pero cinco horas ántes de efectuarse el golpe, llegó por un camino extraviado un dilijente propio que avisó á los opresores los preparativos que, por defender sus libertades y fortunas, se hacian en Elqui donde estaban tomadas todas las avenidas.

Peña y sus satélites quedaron á esta inesperada nueva en la cobarde inaccion de los malvados que á cada paso ven el rayo vengador con que el cielo castiga el crímen. Corren por las calles, tiemblan, proyectan, procuran defenderse y al fin con mas de doscientos hombres veteranos buscan en la huida su salvacion, acercandose al Aquiles donde debian embarcarse para ir á reunirse con sus amigos. Antes de ejecutar una tan vil resolucion, llaman amistosamente al Presidente, y á los señores Cotapoz, Ramos, Prado y Chapuis; y en seguida á D. Joaquin Vicuña, (que burló sus bárbaros proyectos con D. Gregorio Cordoves) á Amenabar, á D. Antonino Cordoves, á Herrreros, á los Subercaceaus; y en fin hasta veinte de los mas bien parados de este pueblo. Cuando ya estubieron reunidos, bajaron de su campamento las valientes huestes de Peña con banderas desplegadas, formaron un cuadro, y catame como meten en él á los señores que le he dicho; y á pie y sin comer, me los dirijen al puerto donde todos se iban á encerrar, llevando con ellos reenes para capitular; pero los llevaron con la mas inaudita crueldad é ignominia. El pueblo se consternó todo, y no hubo familia alguna que no mirase con el mayor horror estos bárbaros procedimientos; los hombres huían la vista de aquel espantoso cuadro, en qne iba á pie el que poco ántes mandaba toda la República, llevando entre sus filas Ministros y amigos, cual si fueran unos criminales. Aqui deberia cortar esta carta; la indignacion me ahoga, y el pulso se resiste á continuar unas lineas, oprobio de nuestra Nacion y de esos revolucionarios, que ha abortado el desgraciado Chile, y que como langostas han asolado los campos, el comercio, las fortunas y desterrado para siempre la serenidad la paz la bue-

85-48
B880
N738
1-SIZE

na fé y la armonia que lo hacian envidiable á todos los paises de America.

Al dia siguiente tomaron posesion de esta Ciudad unos 400 hombres venidos de Elqui sin armas y sin municiones y lo que es peor sin regularidad alguna y sin oficiales. El cobarde Peña se encerró en el Puerto y los milicianos demasiado timidos para un asalto se estubieron todo el dia sin hacer nada. En la tarde se retiraron al otro lado del rio donde permanecieron tres ó cuatro dias hasta la llegada de Uriarte que á los laureles de su quiebra debia añadir otros nuevos con la muerte de cuatro ó cinço milicianos que no pudieron huir de Cutún. Esta crueldad sin fruto y sin objeto fue llamada por ellos batalla, mandaron su parte de costumbre y dieron principio al saqueo mas horroroso que no tiene igual en nuestra historia. El mas rico propietario del valle D. Juan Miguel Munisaga fue la primer victima sin otro delito que tener plata: su familia permaneció triste espectadora de aquel furor frenético con que se rompian las porcelanas, los cristales y los muebles mas preciosos: los baules y cuanta cerradura se presentó fué allanada; cinco mil pesos en plata fueron despojos de esta turba-multa, y un talego de onzas que se calcula con 17 mil pesos. (Alcanzando su pérdida á 60 mil pesos). Nada quedó exîstente; todo pereció al bruto antojo de la tropa. Uriarte en seguida recorrió todo el valle adonde saqueò sin reparo alguno, particularmente las casas de aquellos que no le eran afectos. D. Ramon Varela perdió 12 mil pesos en dinero y su hacienda completamente arruinada.

La pérdida que sufrieron aquellos propietarios, alcanza segun los mas prudentes cálculos á 250 mil pesos, y pregunte V. ¿qué se han hecho tantos valores? El buen Champaña que corria á torrentes, los vinos de todas clases y las supefluidades tan comunes en las almas corrompidas absorvieron mucha parte, y el resto quien sabe la suerte que ha corrido.

Despues de su victoria, volvió Uriarte á Coquimbo á dilapidar con sus compañeros el fruto de sus trabajos. Su situacion brillante y sus cuantiosos gastos le atrajeron la envidia de los oficiales de artillería, y en particular de un Vargas, que estando con un pie en el sepulcro, no queria desprenderse de la vida sin bastante plata, y sin haber hecho el mal posible con su negro humor y sus caprichos insufribles. Un Gallegos no se quedó atras en la competencia que se suscitó á Uriarte, pues no podia mirar con indiferencia el poder y riqueza del otro; pero Uriarte de todos ellos se desprendió declarandose independiente con sus 125 hombres, amenazandolos de atacarlos ó ligarse con el pueblo para acabar con ellos. Edwards que habia abrazado la causa de la revolucion, medió en estas diferencias y los avíno; pero la prevencion ya inveterada y la mala fé de Peña siempre permanente, los tuvo próximos á un nuevo rompimiento, que se cortó por un tratado en que Uriarte por un rasgo caballeresco, y cansado sin duda de ver padecer infructuosamente á tanto ciudadano, pidió por base preliminar la absoluta libertad de todos los presos. En esto sin duda influyeron muchos que aprovechandose de las anteriores diferencias, se adhirieron á Uriarte que sín duda alguna tiene otras ideas y otra educacion mas decorosa que la turba-multa que se le oponia. Peña tuvo que ceder y puso á todos en libertad; mas al siguiente dia arrepentido de su condescendencia quiso mandarlos apresar de nuevo; pero advertidos á tiempo los presos se pusieron cuatro de ellos en pocas horas en camino, saliendo en triunfo con vivas y gritos de los soldados de Uriarte que con su jefe los sacaron de este infierno, hasta ponerlos fuera del poder del infame Peña. El Sr. Vicuña é hijo salieron de aquí tres ó cuatro dias despues con dolor de Peña, que tenia que obedecer á Uriarte.

Las noticias del rompimiento del jeneral Freire con Prieto y despues la de su salida de Valparaiso á libertar esta infeliz Provincia de los monstruos que la oprimian, puso esto en el mayor movimiento: todos los vecinos huyeron á los montes, temiendo ser arrastrados á pie y sin recurso alguno hasta Illapel, (segun la costumbre de Peña) para oprimir y tener garartías. La llegada del jeneral Freire el dia 1.° á las 9½ de la mañana fué un dia de gloria, de placer y de mútuas felicitaciones que aun nos parecian sueños. Peña con mucha anticipacion habia abandonado el pueblo, y solo una corta fuerza al mando de Uriarte los incomodaba, hasta que cargandola la pusieron en dispersion. Cerca de las ventanas de Jorge casi fueron tomados, por haberlos envuelto con una descarga que se les hizo; pero sus caballos los libertaron. Tres leguas de aquí Uriarte con doscientos hombres atacó dos compañias que apenas tendrian 60 y fué despedazado en un minuto, dejando 14 muertos y 6 heridos; siendo la pérdida de esta parte un sarjento muerto, un soldado mal herido y dos contusos. Hoy supimos pasaba por Sotaquí huyendo aun como si lo persiguieran, y todos en una completa derrota, dispersos y sin esperanza de que puedan reunirse, y á lo mas en número de 60, pues unos han ido á sus casas, y otros han tomado la direccion que primero se les ha presentado. Amigo he visto muchas tropas en mi vida, pero ninguna igual á ésta; su disciplina demuestra su valor, y el jeneral Freire puede lisonjearse del logro de sus esperanzas, poniéndose á la cabeza de 500 de estos bravos. La oficialidad demuestra su educacion—A nadie han faltado en lo menor, ni aun sus enemigos tienen el mas lijero motivo de queja contra ellos—No hay duda que la division del jeneral Freire es veterana y virtuosa en toda la extension de la palabra; ¡Quiera el cielo conservarla para pacificar su pais y volverla al goce de sus libertades! El jeneral Freire está adornado de todas las virtudes, lo he visitado dos veces y sus palabras me demuestran su bondad.—Páselo bien y mande á S. S. S.—N. N.

Santiago 27 de Febrero de 1830. IMPRENTA REPUBLICANA.